

## REPÚBLICA Y MONARQUÍA

### I

#### LO QUE DEBÍA SER LA REPÚBLICA

La humanidad no es sino un hombre colectivo, y la forma de cualquier gobierno representa una faz de la vida del hombre. Niño, necesita un padre absoluto y déspota que observe sus inclinaciones y le dé un estado. Adolescente, el hombre tendrá un padre constitucional que reine, pero que ya no gobierne. En la edad viril, el hijo se emancipa, el padre apenas gobierna, y no reina ya. Anciano, entrando a su segunda infancia, el padre a su vez tiene necesidad de un hijo déspota y absoluto. Los dos extremos se tocan y se asemejan, si no en la forma, al menos en el fondo.

Respecto del individuo, como respecto de una nación, estas formas cambian y se modifican, según el talento, las costumbres y las capacidades particulares.

Como cada pueblo forma un miembro de la humanidad, como todos son solidarios entre ellos, la República no es posible, sino para naciones viriles, donde cada uno, gracias a su educación y a su bienestar, es mayor y libre en sus acciones: donde el gobierno es cuasi un contrato voluntario, donde la razón domina a la fuerza, la reflexión a la pasión; donde, en fin, los derechos de los unos, consisten en los deberes de los otros. La República puede ser muy bien un ser ideal, la poesía, la inspiración, la idea preconcebida, pasada al estado de razón, abillantada por la fría reflexión de la justicia, del derecho y de la equidad: puede ser un espíritu improvisador, templado por el buen sentido, el atrevimiento lanzado y guiado por la prudencia, el mundo volteando sobre su propio eje, pronto a caer a todo momento, sostenido siempre por el imán eléctrico del derecho universal.

En una república donde todo el mundo es rey, el Estado gobierna, pero no reina: en otros términos, el Estado hace el papel de un consejero. Jefe experimentado, muestra el camino que hay que recorrer; delibera sobre los negocios que deben emprenderse con sus hijos y sus coasociados; les sigue en sus empresas más atrevidas, templándolas por la moderación y la sabiduría; sufre sus caprichos, participa de sus alegrías, goza con su felicidad, y danza aún en los grandes regocijos de familia.

En una república verdadera las funciones públicas, lejos de ser procuradas como un *derecho*, deben ser impuestas como un *deber*. Hay hombres exclusivamente nacidos para gobernar, hombres de virtud, energía y de talento: estos funcionarios serán anunciados, y discutido públicamente su nombramiento.

Las funciones deben ser retribuidas, de manera que sea necesaria una atracción, una pasión natural para aceptarlas, a fin de que no puedan dar lugar a la codicia ni a

la envidia. Las cabezas públicas son como los coches públicos; los que vienen vacíos deben ceder el lugar a los que van llenos.

En una república, el Estado está más bien bajo, que sobre los ciudadanos. Los jefes del Estado republicano deben ceder el paso a los particulares que producen, trabajan y forman la riqueza social. El lujo, los palacios, los negocios, son atributos de los ciudadanos. La dignidad, la sencillez, son los signos distintivos de los funcionarios. El primer menestral, fabricante, comerciante, debe estar mejor aposentado que el presidente. Este elegido por su mérito, distinguido por su dignidad, rodeado del respeto universal, debe ser como la ley, simple, sobrio y accesible a todo el mundo.

Solo el ciudadano es señor de sus caprichos, salvo la justicia y la fraternidad. En una monarquía absoluta, los funcionarios tienen necesidad del brillo, del ruido y de las apariencias, porque muchas veces son los servidores de un partido dominante, cuyo esplendor es su razón de ser. En una república pura, al contrario, las funciones no son retribuidas sino por el respeto al talento, al mérito y a la honradez, no se pueden mantener sino por la sencillez y la templanza. El lujo en las funciones republicanas, es como un afeitte en el rostro de una joven de diez y ocho años; no hay cosa más fea, ni que la haga más sospechosa y despreciable.

En una república, el Estado, lejos de monopolizar las industrias y los negocios, debe deshacerse de los que ha monopolizado. Todos los sueños socialistas que tienden a centralizar la industria, el comercio y el trabajo en manos del Estado, son crímenes de lesa-república, porque supone que aquella sociedad que está aspirando a la emancipación, ha caído en la decadencia; es decir, en la vejez, sin ser capaz de obrar ni de gobernarse a sí misma. La asociación que no es libre ni espontánea, está forzada por la tiranía, y esta comprende un desafío a la virilidad de las naciones.

Desde el momento que un gobierno deba dar no solo una profesión, sino trabajo y pan a sus hijos, estos son *o menores* o malos sujetos. En uno y otro caso, el Estado representa el padre absoluto, y la libertad de los hijos es imposible, porque no son dignos de ella. El socialismo, cuando hubiera de hacer algún bien, no podría ser sino como un despotismo ilustrado, incompatible con la libertad, y con exclusión absoluta de la República,

En esta forma de gobierno no hay clases: todos los ciudadanos son iguales ante la ley, y desiguales ante la naturaleza: deben rivalizar en el trabajo, en el talento, en la virtud, en el patriotismo; en fin, en elevarse continuamente, y en no abatirse nunca.

La fuerza, la belleza, la fortuna, la inteligencia, la virtud, son otros tantos núcleos, guías y faros para enseñar a los ciudadanos la manera de adquirir esas cualidades. No debe haber antagonismo entre el vecino acomodado y el obrero, porque todo obrero debe tender a llegar a ser acomodado. Querer empobrecer a los ricos para enriquecer a los pobres, es matar la gallina para obtener los huevos de oro. Excitar al obrero contra el capitalista, es enganchar los pollos para batir a los gallos, porque todo obrero es la simiente del capitalista.

En una república no hay en realidad, sino dos clases de hombres: los que tienen alguna fortuna y trabajan por aumentarla, y los que trabajan por adquirirla. En cuanto al talento, todo el mundo cree tener bastante en una república.

Para que una república, digna de este nombre, se mantenga, es necesario que todos los elementos de paz, de concordia y de felicidad progresiva, se hayan derramado ampliamente desde su fundación. Querer establecer la República, con el fin de venir a ser digno de ella, es querer crear una gramática antes de la lengua, y esculpir una estatua de oro con la cabeza y los pies de barro. Muchos pueblos lo han intentado, pero ninguno lo ha conseguido. Hasta hoy la República solo es una palabra escapada a los dioses, el ideal del porvenir, el ensueño de algunas imaginaciones fogosas, la prometedora de los ardientes corazones; en una palabra, una especie de cielo bajado a tierra.

Si los dioses tuviesen necesidad de un gobierno, proclamarían la República, con una constitución concebida en estos términos:

*“Quedan abolidos los hombres”*

## II

### QUE ELEMENTOS SE NECESITA PARA LA REPÚBLICA, Y CUALES PARA LA MONARQUÍA

Se ha preguntado muchas veces por qué en la historia de lo pasado, la duración de las repúblicas respecto de las monarquías, está en la proporción de cinco a ciento? G ruesos libros se han escrito sobre ello, y no es por falta de la república esta diferencia, sino que en una monarquía no son necesarios precisamente los mismos hombres que en una república; de suerte que los que ésta necesita son tan raros de encontrarse, que respecto de los que pueden servir en una monarquía, se pueden considerar en la proporción de cinco contra ciento.

La causa es que un monarca por débil y por mediano que sea, representa el principio del orden; un rey no tiene necesidad de representar a un hombre superior, puede representar una bandera; de suerte que el hombre que gobierna, no necesita sino marchar según el espíritu de su siglo, hacia la libertad bien entendida, para sostenerse. El camino aunque no esté trillado, se encuentra en tierra firme, y tiene un punto de apoyo.

No es preciso avanzar con la velocidad de una diligencia o de una locomotiva; lo que interesa es marchar, con tal de que se haga por el buen camino, y con el freno respectivo. El peligro de las monarquías no comienza, sino desde el momento en que se paran; y el peligro aumenta, cuando en vez de adelantar, retroceden.

No sucede lo propio en una república, donde el camino en sí mismo es mov edizo. Pascal llama a la mar, un camino que marcha: esta expresión se aplica admirablemente al camino de la república, que es la libertad en función. Ante todo, es preciso encontrar un punto de apoyo, una ancla; además un navío en buen estado, una brújula, una tripulación que obedezca pasivamente a una señal dada.

En una monarquía no se necesita más de un buen conductor.

En una República es preciso un capitán experimentado, que no solamente sepa a donde se dirige, sin que a cada instante pueda saber a que altura se halla: que

conozca los elementos: que esté pronto a afrontar las tempestades; y que se haga obedecer por la firmeza de su carácter y la superioridad de su ciencia.

De ahí resulta, que para el individuo haya a mayor libertad real en una monarquía, que en una república; del mismo modo que el viajero de tierra, es más libre que el pasajero de mar: rara vez el primero sale de su posición pasiva, mientras que el segundo, con frecuencia, es forzado a desempeñar el oficio de marinero,

En caso de peligro, el primero se salva fácilmente; para el segundo no hay salud individual. Es preciso que trabaje con la bomba a igual de los marineros, y que dispare el fusil con la tripulación en caso de abordaje, y aun si él se salva a nado, se arriesga a ser devorado por un tiburón, o a encontrar la muerte en un playa hostil o desierta.

En fin, la suerte del pasajero esta íntimamente ligada al navío que lo conduce; mientras que el viajero de tierra firme, está mucho menos unido a su vehículo. Cuando el primero perece, el bajel que le lleva se abre por todos lados y se hunde; el segundo se hiere o se mata, volcándose con el coche, sin que este se destruya.

La historia demuestra que las monarquías han soportado las guerras más atroces sin perecer. Ninguna república ha sobrevivido a una guerra prolongada de cualquier género. Cuando una guerra estalla, toda la república se conmueve y cruje de continuo, hasta que se abre y desaparece.

Cuáles pues, mas dirán, son los hombres que se necesitan. Los que posean las cualidades que hemos visto triunfar en los grandes movimientos de lo pasado, ni más ni menos.

Se cree en general, que los hombres fuertes son los que se atreven a todo: ¡error, cuantas veces se han citado las palabras juveniles de Danton! “Audacia, audacia y siempre audacia”. A donde ha conducido esta triple audacia a él, a sus amigos y a sus enemigos? A la guillotina. Solo los hombres débiles se atreven a todo, sin preocuparse del día siguiente. El fuerte no emprende sino aquello que puede concluir: se posee a sí mismo, conoce sus fuerzas, y calcula su extensión; considera el tiempo y las circunstancias; en una palabra, une a la prudencia en la ejecución, el atrevimiento de la idea.

Hacen el primer papel en la historia dos clases de hombres: unos dotados de una imaginación ardiente, que tienen vagos presentimientos del porvenir, sin prever jamás ni reflexionar sobre ello, porque tal imaginación obscurece la razón continuamente, la razón que solo ejecuta y conduce a los resultados prácticos. Estos hombres son eternos niños, que nunca llegarán a la edad viril.

Otros menos ardientes de imaginación, subordinan esta a la inteligencia, y le dan luego una forma material y práctica. Son los grandes artistas de la humanidad: en ellos toda idea se hace palpable; toda concepción se convierte en un hecho.

Los primeros, a pesar de su genio, desde que se ponen a obras, no producen sino el mal. Los otros, por el contrario, con menos palabras, llegan siempre al fin, y producen siempre el bien.

En general, el hombre tiende hacia el bien.

La idea primitiva que viene de Dios, es siempre buena; solo que cuando esta idea es dominada por la imaginación, degenera y produce el mal.

El arsénico es un medicamento; no es un veneno: la cuestión es sobre la cantidad. La cicuta que mata al hombre, produce excelente leche de cabra. Cuestión de transformación.

La ostra se hace perla. Cuestión de tiempo. Lo mismo sucede con la libertad, la fraternidad y la humanidad. Según la historia, los hombres, se han degollado en nombre de la fraternidad: ellos se han destrozado en nombre de la comunidad; se han subyugado en nombre de la libertad.

En todo esto se prueba que aun para hacer el mal es necesaria la apariencia del bien: el mal, en nombre del mal, es repugnante. Más ordinariamente sucede que llegan estos males cuando los hombres desprovistos de razón, verdaderos salvajes de la idea, se ponen a la cabeza de la sociedad. Desde la creación del mundo, la humanidad se ha trastornado por esos hombres que se dicen fuertes, quienes semejantes al gigante Polifemo, no tienen sino un ojo, y no ven las cosas sino por un lado.

La primera caída del hombre provino de que quiso de una vez coger el fruto del árbol de la ciencia y de la vida, es decir, el fin con el principio. Después la imaginación, sin la razón, quiso escalar el cielo: esta leyenda se encuentra en todos los pueblos; la torre de Babel ha sido construida en nombre de la libertad absoluta y de la fraternidad.

La humanidad es una monarquía social marchando del orden a la libertad; pero nunca una República, marchando de la libertad al orden.

El exceso del orden es el despotismo; el de la libertad es la anarquía. La anarquía, que es el caos, es el más despreciable de los males, porque reposa sobre la debilidad y la cobardía. El despotismo, al contrario, aun como mal, es menos odioso, porque reposa sobre la fuerza. Por este motivo los vicios de las mujeres son más despreciables que los de los hombres; los primeros acusan la debilidad, y los segundos, cierta especie de fuerza.

Las Repúblicas perecen por no tender al orden, a nombre de la libertad. Las monarquías sucumben, cuando no marchan hacia la libertad, en nombre del orden; y si es fácil marchar hacia la libertad, por el camino del orden; es muy difícil volver hacia el orden, partiendo de una libertad, conquistada por la violencia. De ordinario, no se dirigen allá sino a brincos y saltos; de manera que se pasa por sobre el orden, para detenerse en el despotismo; así como un hombre en peligro de ser quemado por un incendio, saltaría sin vacilar sobre la mar, aun sin saber nadar, a riesgo de ahogarse.

Por lo demás, todo depende de los hombres. El principio por fuerte que sea, domina por medio del hombre. La más bella idea parece en manos de un hombre mediano; lo mismo que una modesta concepción, produce los mejores resultados, cuando se confía a un hombre superior. Todo en la historia se hace y se deshace, según las cualidades de los hombres que son encargados de la empresa. Si en lugar de Moisés el revolucionario Korah, se hubiera encargado de la libertad de los judíos, estaría todavía en Egipto.

Si en lugar de Robespierre y de Danton, hubiera habido en Francia hombres como Franklin y Washington, la República se hubiera quizás plegado en 1790, a las costumbres y al espíritu del pueblo francés.

Es mucho más fácil ser un hombre de principios que un hombre de orden. El principio como el espíritu de la libertad, se toma y se da; pero el espíritu de orden es innato; es cuasi el espíritu divino; y el que no nace con él, nunca lo tendrá. La economía que se aprende, no es todavía el orden; este al mismo tiempo que crea, ve los obstáculos y los peligros, y o los domina o los evita. Antes de crear el mundo, Dios hizo la luz: el hombre de orden que es la imagen de Dios, procede de la misma manera, él no emprende nada a la casualidad, ni se confía en aquellos que a todo se atreven. Solo el asno gusta de marchar por el borde del abismo, y aun cuando él no resbale, arroja a los que montan en él. El gallo, por el contrario, símbolo del buen sentido, ve al mismo tiempo al gavián en el aire, y al gusanillo en la tierra, que le sirve de nutrimento. El hombre de orden tiene el instinto del triunfo, y por esto la victoria no le deslumbra; por que le había previsto: tiene también el instinto del peligro, pero no le espanta, sino después de haberlo vencido.

Los pusilánimes se espantan *antes* del peligro: el poltrón *durante él*, y el valeroso *después*.

Los hombres de orden son muy raros en todas partes, y atraviesan el mundo desconocidos o ignorados.

Sucede en los hombres lo que en los metales, que no es el brillo del color lo que determina el verdadero valor, sino la simplicidad, la transparencia y la solidez, tres cualidades que posee el diamante, tres cualidades necesarias a un grande hombre de Estado.

Mas cuando todo el mundo brilla por una falsa apariencia; cuando por todas partes el eco de las palabras hace chispear el espíritu y le da mil colores atraentes, cambiantes, deslumbrantes, es muy difícil distinguir la idea que emprende, del buen sentido que ejecuta. El pueblo francés sobre todo suele preferir la llama que brilla, al fuego que calienta: el talento que fascina, a la razón que sostiene.

Es más fácil encontrar una buena perla en un montón de conchas, que en uno de perlas falsas.

### III

#### HOMBRES DE PRINCIPIO Y HOMBRES DE IDEAS

En tiempos de revolución, cuando la razón tiene fiebre y a el alma se le ha extinguido la voz, no se oye hablar, ni se ve obrar, sino en nombre de los principios. No hay necesidad, violencia ni absurdo que no encuentre su apoyo, aunque no haya sido en su origen, sino una muletilla. Los principios se hallan en todas partes; pero las ideas por ninguna.

A primera vista, se encuentra uno tentado de inferir que hay abundancia de principios y escasez de ideas: que por consiguiente baratos los principios, están al alcance de todo el mundo; y que las ideas caras, no las tienen sino las inteligencias ricas. Esto nada prueba contra los buenos principios, por que hay muchas cosas que abundan y valen tanto o más que aquellas que escasean. Es pues importante en tiempos de charlatismo revolucionario, desenmascarar el principio, ese vil cortesa-

no que se entrega al primero que llega, ese compañero voluntario de los pobres de espíritu, y rehabilitar la idea, M usa, casta y virginal, que no sonrie, sino a los escodidos de la inteligencia y del corazón.

Vengamos al origen de las palabras, Principio, que viene del latín, quiere decir, *comienzo, origen*. Idea, que viene del griego, significa, *vista, inspiración*. La voz principal, como abstracción, no existe en griego, que es la lengua de los espíritus.

No hay nada malo, estúpido y odioso, que no tenga su principio, es decir, su origen. Mas respecto de la idea, es preciso que venga de lo alto, que sea inspirada; el bien solo es inspirado; el mal se aprende de los hombres. El principio, pues, es humado; la idea es divina. El principio se pide y se presta; la idea es innata. El principio es el vestido; la idea es la piel. El principio se adapta a todas las estaturas, a todas las deformidades, a todos los tontos; la idea no viene, sino a aquel, para quien ha sido creada. El principio es de todos los países, de todas las modas y de todas las estaciones; la idea es compatriota; se pega al suelo y al hombre. El principio es una barra de fierro; es una reja, o una ballado, que impide a la idea pasar. Cuando él se pone en obra, es para destruir, para arrancar el enlosado y hacer barricadas. La idea es fuerte también, pero es al principio, como el oro al fierro. Nunca destruye y muchas veces procura embellecer la vida con el lujo, la elegancia y el brillo.

Nada más estéril, que un hombre que se llama de principios absolutos. De ordinario, siendo un hombre, que no tiene ni talento, ni corazón, ni alma, se vanagloria de un principio trillado, para parecer alguna cosa. El primer principio de una mujer flaca y fea, es el beato y los afeites.

Cuando un hombre se elogia como un republicano de principios absolutos, estad seguro de que no ha tomado el hábito republicano, sino por que sin él, no sería nada absolutamente. Este principio viene a ser para él un oficio, cuyo aprendizaje se hace en las sociedades secretas, y sus relaciones y conexiones, se sacan de la prisión de Doulins, Saint-Michel y Vincennes.

Un rey diciendo que es realista por principios, es tan lógico como un pordiosero, pretendiendo que tiene principios comunistas.

Los oropeles reales, y los harapos comunistas, se toman los unos y los otros por principio, es decir, por interés, por posición y por instinto.

El hombre de ideas, quiere por todas partes las cosas. El de principios, tiende solo a las palabras. El principio no habla, sino de los derechos: la idea comienza siempre que los deberes.

Cuando un rey crea instituciones sabiamente liberales, no es un hombre de principios sino un hombre de talento y de ideas. Cuando un pobre, un proletario es socialista, en el sentido de aumentar la fortuna de los pobres, no a expensas de los ricos, sino de la miseria y de la ignorancia, estad seguro que este hombre tiene ideas y un buen sentido innato, que lo eleva a pesar suyo, sobre su misma posición.

Que este pobre blasfeme contra los ricos, en nombre de un principio; y no será más que un menestral inútil y perezoso.

Enrique IV, Federico el Grande, han sido reyes de ideas, hombres de inteligencia. Nerón muy popular, como príncipe real: Luis XI, Carlos IX, son reyes de principios.

Mirabeau, Lafayette, Lameth, rompen sus títulos de nobleza, porque tienen ideas. Marat, no tiene sino un principio.

Condorcet, La Place, Chénier, son hombres de ideas. Robespierre, Saint Just, Couthon etc., son hombres de principios.

Robespierre ha dicho "Perezcan las colonias, con tal que se salve el principio". Lo mismo que diría Barbés: perezca la Francia, y viva la República democrática y social.

No hay en el mundo quien haya abusado más del principio que Robespierre. Hay más de una lección que tomar de este hombre.

El atributo de un principio exclusivo, es que siempre es tomado por un pobre de un rico.

Figuraos a un hombre desnudo, que se introduce en una tienda de ropa, de donde se arrebató de prisa una pieza de género encarnado. Se hace un pantalón encarnado, una chaqueta encarnada, gorro del mismo color, medias y zapatos encarnados. Que este hombre, viviendo cierto tiempo en el aislamiento y en la oscuridad, llegue derrepente al poder, su primer decreto será probablemente en estos términos.

### *"En Nombre del principio"*

"Art. 1º. Todo el mundo se vestirá de encarnado".

"Art. 2º. cualquiera que se vista de otro color será condenado a muerte.

No es un chiste este: son las leyes y decretos de los hombres de principios absolutos: ellos no admiten sino aquellos que se les parecen, o que se finjen asemejarseles. No tienen más principio, que aquel que han tomado de otro.

El hombre de ideas, por el contrario; tiene varios vestidos de diversos modos, o al menos él los conoce y los admite. Si está en el poder poco le importa el color y la clase de los vestidos que cada uno porte; ni le impide inventar nuevos, más bellos, más ricos, más elegantes. Como Federico el grande dejando vivir a cada uno a su modo, solo cuidará de que los unos no vivan a costa de los otros, que los derechos de todos sean garantidos, y que cada uno cumpla su deber. En una palabra hará el bien por todas partes, y el mal en ninguna.

Robespierre, no tenía talento, y subordinaba sus pocas ideas al principio que él había tomado de Rousseau. Este era un millonario de ideas. En lugar de Robespierre, lejos de ser exclusivo, hubiera subordinado aquel principio a su talento; si hubiese obrado de otro modo, con todo y su nombradía, hubiera perecido, o se hubiera anulado.

Porque el principio excluye; la idea asimila. Se puede reinar algún tiempo por la exclusión; pero no se puede gobernar sino por la asimilación.<sup>1</sup>

El principio se petrifica en el dogma político; este comienza por la persecución, el asesinato y acaba por el suicidio. Desgraciados los vencedores, por que es el fin del dogma, y el principio de lo absoluto. El principio absoluto, se confunde siempre con el extremo contrario. Por eso la libertad absoluta, es lo mismo que el poder absoluto; el uno es la anarquía, el otro el despotismo. La anarquía produce el despotismo, como el despotismo produce la anarquía.

República democrática o aristocrática, monarquía hereditaria o electiva, su fin debe siempre ser la alianza del orden con la libertad, la de los deberes con los derechos.

La idea debe siempre dominar la forma. El principio es la forma, de ordinario.

Tenemos un ejemplo en la vida vulgar. El buen sentido, las buenas costumbres quieren que todo el mundo ande vestido en la calle; esto será decir que debe uno vestirse en estío como en invierno. El invierno y el estío no pueden servir de principio, porque hay otras estaciones de intermedios.

Lo mismo sucede con las naciones; tal pueblo poco instruido y de costumbres frías, tiene necesidad de un gobierno de invierno. Tal otro, ardiente, con un carácter tempestuoso, tiene necesidad de uno de estío. Tal otro, pueblo mixto, mitad aristócrata, mitad demócrata, exige un gobierno equinoccial, es decir, constitucional.

No hay pueblos absolutos más que los salvajes y los ángeles. Querer establecer principios absolutos, es decretar que todos los días hará bueno o mal tiempo,

Es preciso querer las cosas, y hacer a un lado las palabras: preciso es atenerse a los hechos y apartar las personas. Es necesario establecer el progreso antes de pensar en fundar la República. Ella es el objeto; pero no el medio. No se pone a Platón en las manos de los niños, para que aprendan a leer.

El más grande reproche, que los hombres de principios hacen a los hombres de ideas, es que cambian de opinión. Tanto valdría como reprochar a la brújula que cambiará de dirección.

La brújula muestra el escollo y el camino; lo mismo que el talento. Bajo una monarquía, muestra el camino de la libertad y combate por ella: en una república, indica el camino del orden y marcha el primero, arriesgo de morir en la demanda.

No son las ideas las que han cambiado; sino el tiempo y las circunstancias. Lo mismo justamente que la rosa náutica, después de una tempestad, salta del este al oeste.

El principio, al contrario, lo absoluto, es como el caballo ciego, que voltea la rueda de un molino: tenga esta o no alguna cosa que moler, siempre da vueltas, a riesgo que la máquina se inflame, se consume, ella, el caballo, la casa y la ciudad.

Me han preguntado, por que yo soy menos republicano bajo la República, que bajo la monarquía. Oíd mi respuesta el príncipe de Conti que era feo, escribía a su

1 El autor habla aquí contra una exclusión absoluta; no de aquella que la justicia y la conveniencia social, exigen sobre los que, siguiendo principios disolventes, atacan los de la autoridad constituida. Una asimilación absoluta, tampoco es posible en la práctica; y solo es un ideal apetecible.

mujer. “Madama. yo marchó para Metz; no me engañeis durante mi ausencia”. “Señor, le respondía ella, estad tranquilo, no me dan ganas de hacerlo, sino cuando os veo.”

La República era mi ideal, mi futura celeste. Un día me dijeron, que ella había llegado, que era tiempo de casarme. Voy, corro vuelo, hacia ella, ¡atroz desengaño! En lugar de mi ideal, encuentro una pequeña mojegata, flaca, fea y sobre todo caprichuda y maligna. Vacilio; pero los hermanos, los cuñados, toda la familia quieren bailar en la boda, a toda costa. Sea, le seré fiel, pero con una condición, que ella se separe, o que me deja alejarme donde no vuelva a verla.

Felizmente no es la verdadera libertad la que nos trae la República: ella está en otra parte, y yo la aguardo.

Hasta que venga perm aneceré soltero.<sup>2</sup>

#### IV

#### LA REVOLUCIÓN

La historia, el tiempo, es Dios que marcha. Esta marcha sin embargo, no es regular. Desde los primeros pasos hay luchas: cada minuto engendrado por el tiempo, es precedido y seguido de dolores. A cada momento, la violencia, principio de negación, se levanta delante y detrás del tiempo, sea para detenerlo, sea para precipitarlo, fuera de su vía natural. A cada momento, la luz, que guía a la humanidad, es oscurecida por las revoluciones, esas reminiscencias del caos.

Toda revolución, lejos de ser la obra de Dios, no es sino un mal producido por la ignorancia y el orgullo de los hombres. La revolución lejos de favorecer el progreso, le mata o al menos lo rechaza por algún tiempo. Toda revolución en fin, es una pérdida de tiempo.

Muchas veces las revoluciones vienen por que los hombres, a quienes ellas trastornan, no marchan con el tiempo, es decir con Dios. Es un primer mal: luego este mal produce un segundo. A penas el tiempo ha dicho a aquellos que lo quieren detener: *ya es tarde* ; cuando se mira obligado a gritar a aquellos que creen poderle precipitar hacia adelante: *es demasiado temprano!*

Los grandes héroes de la historia han sido hombres, que recogiendo en ellos mismos las ideas de su tiempo, han concebido en el presente el embrión del pasado, para dar a luz el porvenir.

2 “Dios solo es el bien absoluto” dice más adelante el mismo autor. En efecto, es así; pero hay verdades primordiales que son también *absolutas*, como sucede con todas aquellas que derivan de Dios y de las ciencias de Dios, como las religiosas y morales: otras muchas filosóficas y matemáticas. De manera que los *principios* en que se transforman estas verdades, como fuentes de otras muchas, no pueden menos de ser *absolutas*. A sí debe el autor reconocerlo, si no quiere aparecer inclinado a un eclecticismo de que no quisiéramos suponerlo sectario, a pesar de algunos indicios remotos, que en este capítulo puede reconocer una vista ejercitada.

Estos hombres siempre han triunfado. Estando por decirlo así, grávidos del progreso práctico, se han librado del azote revolucionario, como la mujer en cinta de un niño sano, está garantizada por la preñez, aún contra las epidemias físicas.

Los hombres débiles de la historia son los revolucionarios, los violentos, por la resistencia o por el movimiento. Ellos están acometidos de vértigo: creyendo que todo gira a su alrededor, gesticulan, los unos para empujar adelante, y los otros para volver atrás. La verdad es que todo marcha y que solo ellos no se menea.

El hombre de la resistencia quiere algunas veces el bien; pero lo hace mal. El de movimiento rápido, muchas veces está dotado de energía y de talento; pero hace bien el mal. Ni el uno ni el otro saben lo que el pueblo con su buen sentido llama, *aprovechar el tiempo*.

A provechar el tiempo es hacer el bien, y hacerlo bien. Todo crimen, todo vicio, todo mal, no es en el fondo, sino una pérdida de tiempo. El hombre que ha vivido mal, de cualquier modo, ha perdido su tiempo. La nación que en lugar de trabajar, de aumentar sus riquezas y su sabiduría, se agota en guerras, revoluciones y discursos, pierde su tiempo.

Lo bello, ha dicho un sabio griego, es el mayor número de ideas, en el más corto espacio de tiempo,

Desde que la humanidad existe, tiende a un solo objeto: ganar tiempo y acortar distancias. En qué se distingue un hombre sin educación de otro instruido? Es preciso repetir una cosa dos o tres veces al primero; mientras que al segundo le basta un signo, una palabra: la diferencia consiste en beneficio del tiempo. Cincuenta años son necesarios para hacer comprender a las masas una verdad, que un hombre de talento cultivado, comprende en cincuenta segundos.

Hay también letrados tontos a quienes es preciso repetir hasta seis veces, que el comercio y la industria son los dos elementos más poderosos del progreso humano. Por el comercio las diferentes partes del mundo, no son más que un solo país. Por el vapor, París y Berlín no están retirados, sino treinta horas. El comercio ha inventado la navegación, sirviéndose de la mar que separa las naciones, para unir las más estrechamente. La industria y la mecánica, han inventado el vapor, los globos, los caminos de fierro.

Solo la revolución nada ha inventado: siempre la misma canción. La primera revolución ha comenzado por el destierro: Adán fue arrojado del paraíso.

Las revoluciones eran sin embargo más frecuentes en los primeros tiempos, es decir, en la juventud de la humanidad. Joven la humanidad, como el hombre malgasta su tiempo. Se cree ordinariamente que el joven poeta crea: ¡error! Como la humanidad en su principio entrevé un ideal; pero en general la juventud tiende mejor a ser *iluminada* que a ser *ilustrada*: para ella los ojos, lejos de ser un instrumento de observación, no son sino un objeto de atracción, semejantes a los ojos tornasolados que se pintan de colores en las alas de la mariposa y en la cola de los pavos reales. Y aún cuando la juventud se alumbra, es como los buques de guerra durante la noche, para evitar un choque o para atacarse. El hombre no se pertenece a sí mismo, y no crea verdaderamente el bien, sino en la edad madura, cuando las

ideas ardientes de la imaginación, han tomado un tipo plástico en el molde de la razón.<sup>3</sup>

La organización del hombre se hace preciso que haya llegado a todo su desarrollo, para que adquiera toda la fuerza y la salud física, a fin de que la razón, que es la salud del alma, sea fecunda. El cuerpo y la alma son dos ruedas movidas por el mismo engrane. Tal es la humanidad.

Los primeros grandes hombres de la historia, no eran individualmente más grandes que los que les han seguido: no eran más instruidos, sino más ilustrados. La luz se ve a lo lejos en la noche, y a medida que se avanza hacia el crepúsculo, ella palidece aún cuando sea la misma.

Desde su principio, la humanidad en la persona de algunos hombres, persigue su ideal de libertad y de orden. Marchando el tiempo, tiende a convertir esta minoría en mayoría por transiciones continuas y permanentes. Marchando en fin el tiempo, duplica, triplica y centuplica su fuerza y su velocidad; y no es detenido en esta carrera providencial, sino por la violencia de las revoluciones.

En efecto, toda revolución, aun la más legítima, es un tiempo de parada, porque trastorna los elementos orgánicos del orden y los entierra algún tiempo, bajo los escombros de sus ruinas. Un piloto experimentado; aún cuando el viento le sea favorable, después de una tempestad, en vez de navegar, tiene que perder tiempo en calafatear el navío, en cambiar velas y marineros, o bien en manejar la bomba día y noche para no zozobrar. Las revoluciones no pueden ser indiferentes sino a los pueblos perezosos, superficiales, y ligeros, no teniendo otra cosa que perder, sino el tiempo.

Ahí dirán, las revoluciones no son hechas para el presente, sino para el porvenir ¡Mentira! Por necesarias que sean, ellas no llegan sino porque los hombres no han sabido marchar con el tiempo, lo cual es ya una inmensa desgracia; y lo que el porvenir puede reparar, es volver, después de marchas y contramarcharse, a aquel punto de donde se hubiera debido partir: de manera que cuando los hombres no han sabido seguir el compás del tiempo, este, después de trastornarlos, no por eso marcha más veloz.

Se ha dicho que la revolución de Febrero era a la vez un progreso político y social. ¿Dónde está ese progreso? Si antes había diez ricos y veinte pobres, hoy hay veinte ricos y diez pobres? Por el contrario hay diez pobres más. ¿Se cree ahora que nuestros hijos y nuestros nietos serán más ricos que nosotros? Serán necesarios diez años de paz y orden para volver al estado en que nos encontrábamos antes de la Revolución: después de llegar a este punto, será cuando podremos comenzar a discutir las grandes cuestiones del trabajo y de la asociación.

3 El autor se muestra desdenoso con la juventud, y nos pone de ejemplo la que hace versos: pase bajo ese aspecto; pero son tantas las excepciones de jóvenes de talento profundo, y aún del tacto en los negocios de la vida, que sustituye a la experiencia, que hubiéramos deseado que hablase con menos generalidad. ¿Quién al leer los escritos de Balmes creería que eran de un joven? En fin, la juventud *inicia*, y la edad madura *examina y aprueba*, y muchas veces *rectifica y perfecciona*. (El traductor)

En el estado actual nos asemejamos algo a la lechera de la fábula: durante un mes entero soñamos leyes en favor del trabajo y del orden: nos multiplicamos, nos enriquecemos siempre paseándonos en el mercado de trabajos. Parte un tiro, y todos nuestros sueños desaparecen, el embrión del trabajo se revienta en sangre en las calles, y la cosa vuelve a comenzar.

Hace cincuenta años que se hace, dehace, vuelve a hacer y deshacer la misma cosa: hace cincuenta años que hacemos el trabajo de Sísifo; porque hace cincuenta años que estamos en revolución.

A penas el tiempo ha cicatrizado las heridas de una, apenas se ha vuelto al punto de partida, que los revolucionarios de la resistencia se echan en brazos de los revolucionarios del movimiento: parécense a las brujas de Macbeth, que se transforman en comadronas, para jugar a la pelota con los recién-nacidos.

Largo sería de enumerar todas las faltas que han cometido los hombres de Estado, bajo los cuales, durante cincuenta años, se han sucedido las revoluciones. A la violencia de la resistencia, sigue siempre la violencia del movimiento.

No basta tener una República, se necesitan hombres para el mando y de progreso pacífico; es decir, hombres que no están adelantados ni atrasados respecto de su tiempo; como no basta, según se dice vulgaramente, tener la liebre para hacer el gigote, sino que además es necesario un buen cocinero.

La locomoción de Febrero, es acaso la última oscilación de nuestras revoluciones? Esta alma política en pena, ha encontrado en fin su forma y su cuerpo? Un próximo porvenir nos lo dirá.

Hace cincuenta años la Europa se parece a una joven bella, grande, pura y fuerte, que se da colorete, que se empolva al uso inglés, que se perfuma a la griega, que en una palabra, se afana en agradar lo menos posible. Le sería fácil agradar mucho? Sin duda; no tiene mas que presentarse tal como es, y que ajustarse el vestido a su talle, para estar hermosa.

Para que las naciones sean inmortales y grandes, es necesario que un día dado, puedan responder como Jehová a Moisés: *Yo soy lo que siempre seré.*

## V

### LA PRENSA

La razón no se ha dado al hombre para elegir entre el bien y el mal, distintos y aislados entre sí. Para esto basta el instinto. Dios ha dado la razón al hombre, su representante sobre la tierra, para que en todas las cosas discierna el mal en el mismo bien, porque el mal se encuentra en todas partes al lado del bien. No hay bien alguno en la vida, que no degenera en mal por el abuso, o el exceso, o por falta de aplicación u organización.

El abuso de la luz es incendio. El abuso de la Religión es el fanatismo. Los celos son el abuso del amor. La arma mortífera es el abuso del fierro, tan útil, por otra parte, a la sociedad. La filosofía tiene su abuso, que es la duda: el abuso de la palabra, llámase calumnia, injuria, necedad y escándalo.

Nada hay pues absoluto sobre la tierra, ni el bien ni el mal. Dios solo es el bien absoluto. En todo se trata de tirar, por medio de la razón, una línea divisoria, para que toda ley que quede de aquel lado, o vaya a más allá de esta línea, se conozca que es una ley incompleta e injusta. Toda regla que condene una cosa absolutamente, en lugar de discernir el bien del mal, es injusta, por que si todo bien puede degenerar en mal, no hay en ninguna parte un mal absoluto.

Vergonzoso sería preguntar si la libertad racional de la prensa en un bien o un mal; es como si se preguntare si la luz es un bien; pero como la luz, la prensa tiene sus abusos: como todas las libertades, la libertad de la prensa consiste en el cambio de deberes y derechos. Mientras más libre es cada uno, más severo debe de ser consigo mismo; por que aunque es única y verdaderamente libre, que no es esclavo ni de sus perjuicios, ni de sus pasiones; así como aquel solo es fuerte, cuando se posee a sí mismo.<sup>4</sup>

Que pensaríamos de un propietario que declamase contra el fuego, pidiendo la abolición o la disminución de las luces, porque hubiera perdido muchas casas llenas de materia combustibles, en un incendio ocasionado por una llama que agitaba el viento?

Qué diríamos de un médico que ordenase a un cliente taparse las narices, de temor de no coger un constipado? Qué diríamos en fin de un hombre, que temiendo ser envenenado, prefiriese o no comer nada, o ceñirse a una clase sola de alimento?

Lo mismo sucede con la prensa, por que ella haya servido de fósforo, de tea para el incendio de los espíritus en Junio, incendio favorecido por montones de materias inflamables, y soplado por el viento de las barricadas de Febrero, no se infiere, que sea necesario condenarla, enfrenarla, restringirla, aniquilarla, en fin; por que en ese caso, el remedio sería peor que la enfermedad.<sup>5</sup>

Desde luego, toda medida dictada con intención de herir el poder de la prensa, en lugar de alcanzar solo al abuso, es vana y ineficaz. Si la libertad de pensar, de escribir y de censurar pudiese ser condenada, nuestros antepasados, que en materia de autoridad eran más fuertes que nosotros, nos hubieran evitado este trabajo.

La prensa, en tanto que representa la idea, se parece al gallo que a media noche anuncia el día. Se le puede torcer el pescuezo a la una; pero el día no por eso dejará de despuntar a su tiempo.<sup>6</sup>

Todo gobierno que declara no poder gobernar con la libertad de la prensa, es un gobierno débil e impotente, que tarde o temprano caerá con ella o sin ella. Si Carlos X hubiese escuchado la prensa en lugar de combatirla, la revolución de Junio no hubiera tenido lugar. Si Luis Felipe la hubiera seguido en su vía progresiva, fuera

4 A la verdad la libertad absoluta de la prensa es una cosa agitadora, palpitante, fulgurante; es una orgía social, en donde los convidados de buen diente y de duro estómago brillan por un instante, para volver a caer al momento hartos y embriagados sobre la mesa. Libro de los Reyes X II. A. Weill.

5 Moisés hizo también una ley sobre la prensa. "Si hay alguno entre el pueblo que trate de apartarse de Dios o de predicar utopías, será castigado de muerte".

6 En la primera página de una buena ley de imprenta deberían estamparse estas palabras: "Nadie tiene derecho de hablar a los demás de sus deberes, sino cumple bien los suyos propios".

todavía rey de los franceses. Si el gobierno provisorio en lugar de transigir con la anarquía, hubiera escuchado los consejos de la prensa, representante del orden y de la autoridad, los acontecimientos de Julio no se hubieran verificado. En una palabra, sí, después de Febrero no hubiera habido prensa absolutamente, los sucesos hubieran llegado más pronto y con consecuencias más desastrosas.

Lo mismo sucedería con todos los gobiernos. Si la República no puede existir con la libertad de la prensa, tanto peor para la República, por que entre la libertad y la República no hay que vacilar; no será la prensa la que morirá.<sup>7</sup>

Mas existe aún una diferencia. Es sabido que todo hombre tiene que morir y la cuestión consiste solo en saber a que edad le asalta la muerte. Hay hombres que profesan el principio de que lo mejor es gozar hasta los 35 años, y luego morir; y otros por el contrario que *prefieren vivir con más templanza y llegar a la vejez*. A. Weill. L. de los Reyes.

*Saber es poder*: Un gobierno desdeñando la inteligencia, y no buscando su base, sino en la fuerza brutal, no merece ser conservado. Una virtud que tiene necesidad de un centinela no vale el garitón que se le pone.

La prensa poco más o menos es un sacerdote inviolable: no es a ella a quien conviene herir, sino a los intrusos, que no tienen de sacerdote más que el hábito, y que del fuego sagrado de la verdad y del progreso, no tienen más que el humo: verdaderos topos que remueven continuamente el terreno, para impedir que germine la semilla. En una palabra, toda ley contra la prensa, que no discierne la violencia de la convicción, el humo del fuego, el oropel del oro, la injuria de la vivacidad, el mal en fin del bien, no solamente es odiosa, sino que no consigue su objeto.<sup>8</sup>

Se ha dicho que la prensa se parece a la lanza de Aquiles, que cura las heridas que hace. Se ha dicho una necedad: si la prensa no tuviere que hacer hoy, sino lo que deshizo ayer, para volverlo a deshacer mañana, se parecería mejor a Penélope, con su eterno tejido. Su papel sería puramente negativo, aún contra el mal; porque si conviene desear que la prensa organice el bien, es todavía más de desear que las heridas que ella pueda hacer a la injusticia, al despotismo, a la violencia, a la inmoralidad, sean incurables, y que no haya a lanza ninguna de Aquiles en el mundo para repararlas.

Bueno es reparar el mal que se ha hecho; pero más vale no hacerlo. El bien está en la verdad y la justicia; el mal en el espíritu de partido. Desde que un diario representa un partido, él sale de lo verdadero, porque un partido es poco más o menos un cuarto de la verdad.

7 No faltará, sin embargo, quien me pregunte, si los gobiernos que no han tenido libertad de imprenta no han perecido como los demás? Sí por cierto, han perecido, principalmente aquellos que han faltado a sus deberes de cristianos justos y severos.

8 Que se presente un hombre atacando con violencia, o por medio de sofismas tales principios (en los que descansa la civilización cristiana): es preciso citarle en seguida ante un tribunal, que se halle encargado de velar por la conservación de la verdad social; y si no se *retracta públicamente* de sus *berejías*, la pena que se le imponga debe ser *infamantes*, con el fin de evitar por este medio, que tanto él como sus amigos vuelvan a incurrir en semejante delito. A Weill allí mismo

El talento es el aceite que mantiene las ruedas del pensamiento. Cuando aquel falta, este, como una rueda enmohecida, rechina al principio, y se inflama después.

Un hombre de talento y de ideas, no es nunca peligroso. Su misma violencia es el trueno seguido del relámpago, y al mismo tiempo de una lluvia fecunda; solo la mediocridad hace la violencia estéril y dañosa: es el rayo seco sin relámpago y sin lluvia, que no levanta sino el polvo, que no fecunda sino a los insectos y a los gusanos. El hombre de partido sin talento ni ideas, es un pasquín: es un orador tribuno que no tiene otra regla que la amenaza, otro principio, que el empedrado de las calles. Además, es seguro que el hombre de esta estofa, es un tonto o un intrigante.

Esto quiere decir que la prensa debe tener siempre talento? Sería suicidarla: el diario debe de ser la olla podrida de la inteligencia, y los ángeles de ordinario son malos cocineros; pero lo que se le debe recomendar es tener pudor, dignidad, abandonar el viejo sistema de semiacusaciones y de personalidades, y de profanar el talento con injurias y provocaciones desatentadas.

Un escritor por ingenioso que sea, que sacrifica la razón y el positivo bienestar de su nación a sus utopías de partido, se parece a un cantor a quien le apeste la boca: regala nuestros oídos a expensas de nuestro olfato, al fin de algunos minutos, todo el mundo se ve forzado a retirarse.<sup>9</sup>

La ley de difamación, sobre todo para los funcionarios públicos ha sido abolida. La República no podría suscribir sobre el frontispicio del templo de la Justicia esta blasfemia: la *prueba*, es decir, la *verdad no es admitida*. Antes de acusar a cualquiera sobre cualquier cosa, se necesita tener la prueba; después es preciso firmar.

En Inglaterra solamente, el verdugo ha podido ejecutar con una máscara sobre la cara: en Francia, él se nombra: así el espíritu de partido, no juzga; condena y ejecuta.

Todas esas hojas sueltas que discuten con rodeos y con injurias, me hacen el efecto de ciertos saltimbanquis que, para batirse, se sirven de sus hijos, a guisa de bastones. El hijo de la prensa es el progreso; y el solo recibe los golpes mortales.

La prensa ¡ay! no tiene todavía bastante libertad interior, para poderse abandonar a toda su libertad exterior. En la prensa como respecto de las otras profesiones, el mal viene de que las dos terceras partes de los hombres dedicados a ella no están en su lugar. Muchos periodistas han nacido para buenos artesanos; pero son detestables escritores. Preciso es que todo el mundo viva; pero no es necesario ¡pardiez! que todo el mundo escriba.<sup>10</sup>

9 Mas cuando el pensamiento cae en un corazón corrompido o en una conciencia pervertida, deslumbra y ofusca, en lugar de ilustrar, quema en lugar de calentar, se vende como una vil mercancía, se entrega como una mujer prostituta y mancha el mundo con sus abominaciones. A los escritores. Carlos Sta. Fé.

10 El derecho absoluto de la impreña no ha producido jamás un bien, que no haya traído en pos de sí un mal, en el cual ha venido a ahogarse aquel bien. Weill.

VI  
LIBERTAD, IGUALDAD

La mayor parte de las Repúblicas se han establecido con el fin de conquistar la independencia nacional y religiosa. Teniendo necesidad de igualdad, han sido democracias puras; la igualdad en efecto, es una excelente máquina de guerra y de nivelación. La divisa de guerra es, cada uno por todos y todos por cada uno; la religión a su vez es, como si dijéramos, la igualdad absoluta de la fe. Estas democracias escogen por jefes pasajeros a hombres a quienes imponen los más grandes deberes, disminuyendo sus derechos, a fin de poder despedirlos, después de haberlos usado, entre la turba de la comunidad: esas repúblicas no han durado generalmente más del tiempo que la necesidad o la guerra han requerido.

Por el contrario, las Repúblicas fundadas con un fin de libertad, no se han podido mantener, sino por una o varias aristocracias escogidas; porque la *libertad es la exclusión absoluta de la igualdad*. La sociedad, en efecto, es una serie, un conjunto de fuerzas, que constituy en otras tantas aristocracias.

La primera, comenzando de abajo a arriba, es la fuerza física: la segunda es la belleza: la tercera la fortuna. El talento o el ingenio vien en después; y en fin, la virtud es la corona de esta escala social, que conduce al cielo, y que se acerca hasta Dios.

La libertad pues, consiste en la facultad de poder desenvolver o adquirir todas estas cualidades. Solo la libertad permite al hombre ser a la vez, fuerte, bello, rico, sabio y virtuoso, títulos que hace a un lado la igualdad, verdadera diosa de guerra, de envidia, de impotencia y de ignorancia. De suerte que cuando en una República se encuentra la huella de una libertad, emana forzosamente de una aristocracia, sea de un individuo o de una clase, pues es necesario ser grande para favorecer la grandeza: es necesario saber merecer los elogios, para soportar que se los hagan a otros. Y en el instante que esa aristocracia o este individuo desaparece, sin que quede representada por leyes o costumbres, la democracia degenera en demagogia niveladora: la guerra civil, existiendo ya en los espíritus, estalla tarde o temprano en los hechos, seguidos de anarquía y de despotismo.

Moisés fue el primero que fundó una república, con el doble objeto de la independencia nacional y religiosa. Todas sus leyes reposan sobre la igualdad: divide la Judea en doce porciones, para las doce tribus de Israel. Para impedir la desproporción de fortunas, ordena que la propiedad no pueda enajenarse, sino por cincuenta años: después de este tiempo (el jubileo) ella entra forzosamente en la tribu originaria. Los pobres, además del derecho de colecta, de pesca, de caza, tienen cada seis años la cosecha entera a su disposición; en fin, para impedir la usurpación de un rey. Moisés ha ofrecido la presidencia de la República a Dios mismo. Qué sucedió? Tanto cuanto duró la guerra de conquista y de exterminio, la República se mantuvo, no son revueltas sangrientas: más desde que ciertas tribus se establecieron y tomaron posesión de la tierra prometida; desde que la religión se consolidó, la guerra civil estalló entre las tribus, con pretexto de algunas miserables prerrogativas. El pueblo de Israel, a pesar de los consejos de Samuel, pidió un rey y escogió a

Saúl, el hombre más bello, que no había tenido otro mérito que haber salido ese día temprano de su casa y presentándose oportunamente a la vista de los demás.

Durante la República, los judíos no tenían ni literatura, ni artes, ni comercio, ni aún lenguaje: David creó la poesía; Salomón favoreció las bellas artes, la industria y el comercio; Salomón representa la sabiduría; Isaías la virtud. La legislación de Moisés no fue puesta una en ejecución; y en fin, la Judea pereció bajo la guerra extranjera, este Némesis del despotismo.

La Grecia, que bajo los reyes había producido a Homero y a Hesiodo, estableció la República, para reconquistar y mantener su independencia nacional sobre los Persas. Durante esta guerra heroica, la igualdad reina y gobierna. Milcíades muere en prisión. Aristides es desterrado, porque se llamaba el *justo*: era un aristócrata. Temístocles mismo, el demócrata, va y muere en el destierro. Lega Pericles, rompe la igualdad por cuarenta años, doma la democracia y somete al Areópago, aquel tribunal del pueblo; y es en fin, rey de hecho: bajo su gobierno, Atenas aprende a conocer la libertad y sus efectos divinos.

Bajo él, viven y se desarrollan los aristócratas, tales como Sófocles, Anaxágoras, Fidias, Aristófanes, Sócrates, Platón, Hipócrates, Zeuxis, Heródoto, Thucídides y Aspasia, es decir, la filosofía, la historia, la poesía, la medicina, la ciencia, la escultura, la pintura y la belleza; bajo él, en fin, es permitido en Atenas ser rico, bello, sabio, justo y virtuoso.

Es el apego de la República griega, verdaderamente aristocrática. Luego que la democracia volvió a imperar, Atenas y la libertad perecieron. Pericles mismo fue acusado de corrupción, por haber sostenido la poesía, las artes y la belleza. Fidias fue a la prisión, bajo el pretexto de haber robado el oro destinado a la estatua de Minerva. Aspasia, la amiga de corazón de Pericles, es acusada de impiedad y de inmoralidad; en fin, Anaxágoras mismo, el sabio entre los sabios, es llamado ante la justicia del pueblo, y deja la ciudad. Pericles escapa del desierto, muriendo de la peste. Atenas viene a ser el juguete de Alcibíades, especie de jacobino con botas barnizadas, unas veces señor, y otras esclavo del populacho. La decadencia iba siempre en creciente. Alcibíades mismo es despedido; era demasiado aristócrata de espíritu. Hipérbolo vino a ser un grande hombre: en fin, Sócrates, la virtud, bebió la cicuta, y pereció la Grecia. Desde Pericles, la historia de la República griega, fuera de algunos héroes, es una larga hartura de carnicería, esclavitud, anarquía, guerra y tiranía.

Si la República romana ha sido estéril desde su principio hasta su fin, para el verdadero progreso de la humanidad, es porque fundada en nombre de la libertad, esta ha sido continuamente disputada y aniquilada por la igualdad. Feliz largo tiempo bajo los reyes, Roma revelada a los gritos de Lucrecia, los expulsa violentamente. Luego estalla la guerra civil, primero entre los reyes y la ciudad, después entre las diversas clases de la sociedad romana.

Gobernada alternativamente por los cónsules y por los dictadores, los decenviros, los tribunos, desgarrada por las facciones, amenazada por los proletarios, la República romana buscó su salud en la guerra exterior. Esta guerra le era tan

necesaria como el pan; produjo grandes héroes, que adoptó durante el peligro; pero les prohibió al mismo tiempo el ser grandes hombres, bajo la pena de acabar como Scipion y César, las dos víctimas más nobles de la democracia igualadora.

Entre estas dos, Roma no era más que un campo de batalla y de carnicería, una ciudad de verdaderos antropófagos.<sup>11</sup>

En fin, la República, aquella Mesalina de la guerra, da el último suspiro a los pies de Octavio. Al instante, Roma engendra para la humanidad a Horacio y a Virgilio; más tarde, bajo el despotismo, nos da a Séneca y a Tácito; en fin, produce a Tito y a Marco Aurelio.

La República romana no ha conocido otra libertad que la de conspirar, ni otra felicidad, que la de morir por la patria.

Bajo la influencia de los reyes de Tiro, Cartago llegó a ser rica, comerciante y floreciente. La República por sus guerras les quitó su riqueza, su independencia y hasta su vida.

No es este el lugar de discutir si el cristianismo es republicano. Certifiquemos solamente, que el cristianismo no admite la igualdad absoluta, ni aún después de la muerte: afirmemos que las Repúblicas católicas de Italia, no duraron, sino hasta el renacimiento de la literatura griega y de la República de Pericles. Produjeron el bien cuando se encontraban un hombre, un príncipe del templo del rey de Atenas, que admitía la libertad: esas repúblicas no se sostuvieron por otra parte, sino por la guerra de independencia y frecuentemente de conquista: desapareciendo esta causa, degeneraron como en otras partes, en guerra civil y despotismo. La que más tiempo subsiste, Venecia, es oligárquica y despótica. No es, pues, a la República, sino a los príncipes, a los Papas, a quienes debemos el renacimiento de las artes y de las letras. El único grande poeta de la República, Dante, es un desterrado, víctima de la guerra civil.

El primer ensayo de una República democrática y social, fue hecho en la ciudad de Munster, en Wetsphalia, en 1532, hasta 1535. Después de la *reforma* y de la *guerra de los paisanos*, el arzobispado de Munster se reveló contra el arzobispo y el clero al grito de viva la *reforma*! Esta reforma consistía en la prohibición hecha a los frailes de hacer la concurrencia a los trabajadores y agricultores, en la supresión de los conventos de religiosas, y en la confiscación, en provecho de la ciudad, de las rentas de cuarenta monjas. Después de una lucha de dos años, el partido católico fue vencido por los luteranos, conducidos por el predicador Rothmann, y sostenidos por el consejo municipal. El arzobispo y las monjas fueron expulsados de la ciudad; los conventos fueron disueltos, y la reforma proclamada.

En este tiempo existió un numeroso partido comunista, conocido bajo el nombre de *anabaptistas*, de los que había tres categorías. Los unos pacíficos, llamados

11 Cosa significativa, cuando un héroe romano había alcanzado la victoria por la violencia y la fuerza de las armas se le decretaban los grandes honores del triunfo. Cuando al contrario, había vencido por la persuasión, no obtenía sino los honores de una *ovación*, palabra que viene de *ovis*, cordeo supuesto que el triunfador no sacrificaba sino un cordero, pues el toro estaba reservado a los grandes triunfadores.

*Hutters*, hoy hermanos moravos, de los que existen todavía algunos, centenares, de los miles que había entonces (quedarán setecientos). Otros, verdaderos bohemios ambulantes, predicaban en nombre del evangelio, el ataque a mano armada contra la propiedad y la autoridad. Otros cayeron en éxtasis y convulsiones, anunciando el reino de Dios, y gritando: "*Haced penitencia*". El número de los anabaptistas en Alsacia, en Silesia, en Moravia y en los Países Bajos, subía a más de un millón: todos predicaban la comunidad de bienes.

A penas la ciudad de Munster estuvo en poder de los reformistas, cuando los jefes anabaptistas de los Países Bajos, con el nombre de *profetas*, se establecieron, fundaron clubs de hombres y de mujeres, que ellos rebautizaban, predicando la comunidad de bienes.

Al fin algún tiempo convirtieron al predicador Rothmann y a un gran número de familias ricas y pobres, entre otros al burgomaestre Tilbek. Rothmann recorrió la ciudad con todo un convento de religiosas emancipadas, cuya presidenta llevaba una campanilla colgada de la cintura, exclamando "haced penitencia".

Entre estos profetas, figura en primera línea Mathiesen y Juan Bokelsohn de Leyden, el primero panadero de profesión, y el segundo sastre remendón. Gracias a la traición del burgomaestre Tilbek, Mathiesen y sus obreros se apoderaron de la ciudad, expulsaron de allí a los católicos y a los protestantes, que no quisieron dejarse emancipar por el *rebautismo*. En su lugar llamaron a todos sus amigos de los Países Bajos, de Sicilia y de Alsacia: Munster fue declarada la ciudad Santa, con el nombre de la *nueva Jesuralen, capital de la humanidad*: la comunidad de bienes fue decretada. Todos los bienes de la ciudad y de las familias, fueron confiscados por el Estado: todas las torres de las iglesias fueron arrasadas; las estatuas rotas, aún la música del órgano prohibida; todo en nombre de la igualdad evangélica.

La divisa de este nuevo Eldorado, fue: el *Verbo se hizo carne y vive con nosotros*. En nombre de la paz universal, todos los que osaban hacer la menor resistencia, eran decapitados por Knipverdolling antes profeta, y promovido después al grado de *verdugo-canciller* de la comunidad.

La ciudad fue situada por los soldados del Obispo y de algunos príncipes. Durante el sitio, los anabaptistas hicieron prodigios de valor: habían formado una especie de guardia móvil, compuesta de jóvenes de catorce a diez y ocho años, que al fin de cuatro meses eran unos verdaderos ballesteros. A causa de esta guerra, la república se sostuvo algunos meses, pero pronto aquella democracia se metamorfoseó en una monarquía tan despótica, como no existe ejemplo en la historia de Occidente.

Mathiesen tenía una bellísima mujer de blonda y dorada cabellera, y de mejillas de rosa, llamada *Divara*. La crónica de Kerstembrok, historiador contemporáneo, refiere que Divara amaba a Juan de Leiden, hermoso viudo de dos mujeres, de veintiséis años de edad. Juan soñó y profetizó una gran victoria, alcanzada por Mathiesen, en una salida atrevida e inesperada: Mathiesen intentó la salida, fue hecho prisionero, y clavado vivo en el lienzo de la muralla. Juan se casó con la bella Divara, se declaró *rey de Sión*, derogó la constitución de Mathiesen, que a su vez

había derogado la de Rothmann; creó mariscales, corredores y pajes: hizo una nueva distribución de bienes y de destinos, y decretó la poligamia.

Kerstembrok pretende que el profeta-rey no hubo decretado esta última ley, sino después de haber sido sorprendido por Divara en el lecho de su doncella de cámara; pero Juan fundó su ley sobre el ejemplo de los patriarcas, y sobre la razón incuestionable: "In naturam fundatam consequentiam, quia seminis jacturam facere nefas est, ex qua ulla proles nascitur." Juan tomó diez y ocho mujeres, que escogió él mismo, sin contar muchas jóvenes de doce a quince años. Habitó el palacio de los antiguos Cuarenta; salía con gran tren, con sus concubinas a caballo; presidía todos los jueves el tribunal público, en el antiguo mercado.<sup>12</sup>

En el número de estas mujeres se encontraba una especie de diablillo con faldas, llamada Isabel Wandscherer: acusada por su marido de rehusarle los deberes maritales, y condenada por el rey, ella le pidió una audiencia secreta, la obtuvo, se divorció, y vino a ser su concubina. Algunos días después de estos esponsales, el profeta-rey dio un gran banquete en campo raso a todo el pueblo. El rey de gran uniforme, con el cetro en la mano, la espada al cinto, sirvió el mismo de beber: al llenar las copas, encontró un convidado que no estaba alegre. ¿Por qué estás triste, le preguntó, tu rey te sirve? Esto me parece ridículo, respondió el convidado. A esto el rey desenvainó la espada, y después de haber acusado y convencido a su interlocutor de no tener fe y de no ser digno de ser rebautizado, lo decapitó en presencia del pueblo entero, que entonó Hosanna y A leluía.

Al día siguiente una niña de diez y siete años llamada Hila, propuso al rey que iría a asesinar al Arzobispo, como en otro tiempo Judit había matado a Holofernes. Hila era bella y fanática. Después de haberse confesado con el rey durante toda una noche, este le hizo dar los vestidos más brillantes de la reina y la sobrecargó de alhajas, y la despachó al campo enemigo. Hila vino a ofrecerse, y traicionada, dicen, por Isabel, fue aprehendida y quemada.

Después de algún tiempo, Isabel enamorada del paje Alejandro de Bocheduk, predicó la poliandría en nombre de la igualdad: preguntaba, ¿por qué se prohibía a las mujeres tomar varios hombres, cuando era permitido a los hombres tomar varias mujeres? Fue condenada por el rey y decapitada por él mismo, el 12 de Junio de 1835. Pisó la cabeza cortada, diciendo: Ella fue siempre una... y danzó alrededor del cadáver con las otras concubinas que entonaron cánticos. A quel día una madre había asado y comido a su hijo, como en la antigua Jerusalén, pero fueron aquellos los últimos actos de orgía y de locura. La ciudad hambrienta, había quedado desierta e inhabitable. Durante la guerra, ninguna mujer concibió. Poco después de la insurrección de algunos profetas, la ciudad traicionada por algunas mujeres, fue tomada por asalto por el arzobispo. Todos los jefes anabaptistas después de haber sufrido el tormento fueron quemados y colgados por el mismo pueblo, que ocho días antes había entonado Hosannas en su honor.

<sup>12</sup> Hace el mismo historiador la descripción del interior de un serrallo, cuya traducción nos parece inconveniente e inútil asentar aquí. Baste saber que excedía en voluptuosidad a los orientales.

Tal fue el desgraciado fin de la primera república social, evangélica y comunista, fundada sobre la *igualdad*.

La república inglesa se fundó en nombre de la independencia religiosa, y pronto vino a ser la presa de un hombre que confiscó todas las libertades parlamentarias. Bajo Carlos II, su sucesor fue cuando la acta de *Habeas corpus* tuvo su sanción.

Lo mismo sucedió respecto de la república de los Países Bajos, la república desapareció con la misma causa que la hizo nacer.

La república Americana, fundada por guardar la independencia nacional, es la única que al día siguiente de su victoria, gracias a Washington, pensó en su libertad. También todas las ruedas de su administración son constitucionales; ella no debe sin embargo su paz interior, sino a los grandes pliegues de su vestido, es decir, a la inmensidad de su terreno.

Una vez repleta por los aluviones democráticos, la república no resistirá a la presión de las de abajo. Y a hoy la república hace la guerra al exterior, por eludir las cuestiones sociales: algunos años más, y la república, si no tiene con que alimentar a sus hijos legítimos, bastardos y adoptivos, acabará por devorarlos ella misma.<sup>13</sup>

La república Suiza no se ha mantenido sino porque las monarquías que le rodean, ni quieren ni necesitan adjudicársela. Los hijos de esta república, en todo tiempo han servido al despotismo, y ahora casi se diezman por la guerra civil.

La república francesa fue la obra del espíritu de la libertad. Mientras que la palabra igualdad no fue para ella sino la exclusión de injustos privilegios, prometían un porvenir glorioso de paz y de progreso; pero desde el momento que la igualdad degeneró en *nivel*, no se sostuvo, sino por la guerra de independencia, para perecer por la guerra civil, la anarquía y la guerra extranjera.

La república democrática no ha sido en ninguna parte ni una doncella, ni una mujer legítima: es una especie de Margarita de Borgoña, que toma un hombre por una noche, lo corona y lo abraza, para arrojarlo asesinado a la calle pública al amanecer. El primer hombre que llega a notarlo, la hace ahorcarse con sus propios cabellos.

Para transtornar, demoler, arrasar, resistir, es buena la *igualdad*. Para edificar, conservar, elevar, marchar, es buena la libertad, no solo en las opiniones, sino en las individualidades. Quien dice libertad, dice *gente escogida*.

Solo esta libertad se identifica con el orden, y consolida y conserva un gobierno: el verdadero orden es la idea del progreso; la verdadera libertad está en el progreso de las ideas. Las dos no pueden ser establecidas, sino por individualidades, representando el Genio, la Sabiduría y la virtud, únicas *montañas* admisibles en una república.<sup>14</sup> En defecto de reyes-hombres, se necesitan hombres-reyes, de aquellos reyes creados por la naturaleza, que como dice Schiller, se acuestan, se levantan,

13 La predicción del Autor se ha verificado en mayor escala de lo que pudiera entonces pensarse; y según el impulso que lleva esa guerra gigantesca, amenaza al coloso que servía de modelo en otro tiempo a los republicanos de Europa.

14 Se refiere al partido de la montaña en la revolución francesa, opuesto a los de la llanura o girondinos.

comen y se pasean con la diadema sobre la cabeza. Estos hombres sirven entonces a los ciudadanos, de faros luminosos, de guías cuasi divinos.

Por sus actos, por sus palabras, nos enseñan, que en lugar de bajarnos hasta los últimos, es necesario procurar elevarnos continuamente hasta los primeros: que en lugar de destruir, es necesario construir; en lugar de empobrecer a los ricos, es preciso enriquecer a los pobres. Ellos nos muestran, en fin, el camino que conduce a Dios y a la inmortalidad, por los diferentes grados de fuerza, de belleza, de fortuna, de sabiduría y de virtud. Son en una palabra, los elegidos de los hombres, y los representantes de Dios en la tierra.

A llí donde se encuentran esos hombres-reyes, allí solamente puede existir la república.

La de 1848 encontrará esos hombres? Hasta hoy, por lo menos, nosotros no tenemos república; la república es la que nos tiene a nosotros.

## V II

### C O N S T I T U C I O N E S

Conocí en Alsacia un loco llamado Gerson, que después de haber apuntado todas las noches el lugar y el número en que ponía sus vestidos, añadía: “y Gerson está en la cama.”

Al día siguiente levantado de ella, el pobre hombre pasaba lista de sus efectos: todos estaban cabales, solo Gerson ¡ay! no estaba en la cama, no obstante haber sido así apuntado. Todo el día aquel desgraciado, con su papel en la mano, preguntaba por sí mismo a todos los que pasaban, sin encontrarse nunca.

Las constituciones políticas modernas, inscribiéndose ellas mismas donde están, me recuerdan siempre la locura original del pobre Gerson. Después de haberse tocado, palpado, mirado y consignado, se levantan un día temprano; todo esta en su lugar, solo ellas no están en el lugar donde se buscan.

Es notable que los hombres de genio de la antigüedad, al crear constituciones, casi no se han detenido en las formas políticas: la mayor parte no procurando hacer sino leyes basadas en las costumbres, la moral y la justicia, es decir, sobre principios eternos que no cambian nunca, han adaptado estas leyes a la forma política existente: la forma ha cambiado, pero el principio ha sobrevivido. Cuando Solón aboliendo el código draconiano publicó sus leyes. Atenas era ya una República. Licurgo preocupándose ante todo de las costumbres de la juventud, no ha creado, en orden a la política, sino el Senado, especie de paréntesis constitucional entre la monarquía y la democracia. Solo Moisés, teniendo un pueblo entero que formar, inventó la república teocrática; pero se atenía tan poco a la forma, que en su código republicano instituyó leyes, para el caso en que se transformará una monarquía. Varias de sus leyes eran precedidas de estas notables palabras. “*Cuando tú te pusieres un rey, etc.*” y Moisés no era absoluto, sino por la unidad de Dios: “Y o soy tu Dios único, dijo Jehová al pueblo de Israel, tú no tendrás otros dioses al lado mío”. En efecto, solo Dios puede hablar de esta manera, porque Él está seguro de ser siempre lo que es.

Y o no tengo necesidad de añadir que Jesucristo hacía completa abstracción de la forma política.

Se ha buscado la causa de la estabilidad de las constituciones antiguas, en comparación con la fragilidad de las constituciones modernas; y en mi concepto, es esta: las antiguas constituciones han sido hechas por individualidades, por hombres marcados con el sello divino; las constituciones modernas, al contrario, son hechas por asambleas. Los legisladores antiguos no eran a la vez jueces y partes. Hacían las leyes para los pueblos y para el porvenir; nunca para ellos mismos. Solón dejó a Atenas, después de haber creado su legislación: Licurgo, de rey que era, se hizo simple ciudadano, y se desterró voluntariamente. Moisés se quedó del otro lado del Jordán, y ocultó hasta su tumba, por escapar a la adoración. Numa sólo cedió y aceptó una corona, no sin una larga resistencia; pero él reinó y gobernó solo por la justicia, la virtud y la admiración; no empleó ni la amenaza ni la fuerza para hacerse obedecer. Ningún legislador de la antigüedad era bastante loco para prohibir una opinión contraria a la suya sobre la forma de gobierno, y sobre la bondad de las leyes. Todos aspiraban principalmente a ser justos, verdaderos y desinteresados. Moisés es verdad tuvo que sostener choques revolucionarios, primero contra los ídólatras, sobre la ley de Dios, seguidos de un arsenal de castigos muy severos; después contra Korah, porque él, Moisés, dio el primer cargo del estado a su hermano Aarón, porque era el más digno.

Por otra parte, ninguna asamblea ha sabido hacer, no digo una buena constitución, pero ni una buena ley. La ley, además de ser revelada al hombre por la inteligencia, reflejo de Dios, es el resultado de una razón elevada, junta a una grande experiencia. Las asambleas, por distinguidas que sean, no representan sino *intereses* más o menos legítimos; el individuo solo representa la idea. Cuando Dios quiere crear una idea nueva, crea un hombre. No es cierto, como dice Voltaire, que todo el mundo tiene más talento que algunos: todo el mundo, por el contrario, no existe espiritualmente, sino gracias a algunos. El progreso del mundo reposa sobre un ventanear de grandes pensadores y grandes hombres de Estado. Las asambleas no se cuentan para nada; la cantidad no podría reemplazar la calidad. El genio solo es el rey del mundo; la mediocridad tan numerosa como es, no es más pel tirano.

Una razón más concluyente en favor del individuo contra las masas, es esta: Una ley sea cual fuere, no se impone sino por la justicia, el ejemplo y la bondad; nunca por la fuerza, y todavía menos por el número. Para que una legislación tenga fuerza de ley, es necesario que el legislador mismo de el ejemplo de los buenos resultados de sus principios. Para dar leyes a los hombres, es necesario antes probarles que se las ha impuesto a sí mismo, y que se ha aprovechado de ellas para hacerse más sabio, más virtuoso, más justo. Por esta razón los legisladores no han llegado a ser hombres de poder, sino por fuerza y contra su voluntad. Por grande que sea un hombre, desde que aspira visiblemente al poder, pierde toda autoridad, toda sanción; porque lejos de reconocer en él la pasión del bien, se le suponen siempre motivos interesados. La masa no cree en la superioridad del individuo, si este individuo muestra las mismas pasiones y las mismas vanidades que ella: la verdadera

superioridad, la verdadera virtud, consiste en el sacrificio y en la abnegación. Para los hombres, Dios no es tan grande, sino porque da siempre, y no recibe jamás. Ser superior a sus semejantes, es no tener necesidad de ellos; así cuando un hombre de genio no es bastante rico, al dictar sus leyes, no le queda para tener influencia, sino la virtud de poderse pasar sin la fortuna. Necesario es que un legislador sepa ser independiente en la pobreza, y desinteresado en la prosperidad.

Todas estas cualidades indispensables en un legislador, son completamente imposibles en una asamblea, aun cuando ella contenga en su seno hombres de primer orden. Una asamblea es siempre una mezcla de vicios y de virtudes, de sabiduría y de locura, de abnegación y de egoísmos. Una asamblea no puede nunca predicar el ejemplo, por el contrario, es propio de las asambleas legislativas, imponer sus leyes a otros y eludirlas ella misma. No tengo que citar, mas que la inviolabilidad delante de la justicia, que todas las asambleas modernas se han adjudicado, con una gracia muy particular, inviolabilidad que en los tiempos antiguos, no hubiera sido admitida.

Las asambleas legislativas se parecen a las grandes reuniones de cantores. Es un error el creer que un gran número de voces reunidas, producen solo por ello un grande efecto. Cuatro voces bien ejercitadas pueden ejecutar la misma pieza con mejor efecto y más placer, que cuatro mil voces reunidas, principalmente si hay algunas desentonadas.

Serán por esto inútiles las asambleas en un Estado? De ninguna manera. Dónde está establecido un gobierno con su legislación fundamental, las asambleas, además del contrapeso que hacen al poder, representan los *intereses* del país, y con frecuencia sirven de muralla a la libertad. Bajo este respecto, está resuelta la cuestión en la historia. Es casi un lugar común, que el poder representa el orden y que una asamblea electiva representa la libertad: por todas partes uno de estos elementos dominantes, ha creado el elemento contrario, con el objeto de su propia conservación. Numa rey, creó la democracia. Licurgo, demócrata, creó el senado aristocrático. Se sabe que en ninguna parte ha prosperado el realismo, sino apoyándose en el pueblo, encontrándose estos dos elementos ligados por un tercero moderado, más o menos pronunciado. El sistema constitucional ha sido practicado por las repúblicas, antes que por las monarquías; y todos los grandes hombres de la antigüedad se pronunciaron por este sistema, desde Licurgo, Platón, Plutarco, Cicerón, hasta Montesquieu. El poder es como la divinidad. *Uno y trino.*

Hay republicanos que pretenden que el tiempo del individualismo ha pasado, y que las masas son llamadas en adelante a sustituir al genio: olvidan que ni democracia ni monarquía alguna ha sido nunca fundada, sino por un grande hombre, fuerte y justo. Una constitución no se discute, sino que está hecha enteramente en las costumbres del pueblo, de donde ella sale de una pieza de la cabeza de algún genio, como Minerva del derecho de Júpiter. ¡D esgraciado el país que carece de grandes hombres en el momento de una revolución ¡D esgracia y vergüenza para el país en revolución que rechaza a los hombres de valor por sus opiniones personales! Cuando se tiene necesidad de una pieza de 20 francos, sería más que tontera rehusar una guinea porque estas piezas no son nacionales. Lo mismo sucede con los hombres de

valor intrínseco, a quienes los gobiernos de un partido, prefieren los asignados-hombres (papel moneda) es decir, una cabeza vacía, con una cucarda o un timbre oficial encima. Por más que fraguéis cincuenta revoluciones, si ellas no encarnan en un hombre grande, justo y verdadero, quedarán estériles. Un principio no basta por sí solo, es necesario que se convierta en carne y hueso. El cristianismo existía en estado de principio hacia siglos, hasta que Jesucristo lo encarnó y dio fuerza de ley. El protestantismo corría como una fiebre intermitente, de un cabo al ogro de Europa, durante trescientos años, y no resultó viviente sino con Lutero; lo mismo sucede con las formas políticas. Es preciso que la República se haga hombre; y si este hombre no se encuentra, es que dios no la quiere bajo esta forma.

Pero dirán, un hombre puede abusar de ella, subyugarla, confiscarla. Responderé que todo hombre que en lugar de gobernar en nombre de la justicia, de la verdad y de los derechos de todos, reina por la violencia en nombre de un partido, no es un solo, y por fuerte que parezca, su reinado no será de larga duración. Porque ¿dónde están los hombres, reyes y demócratas, que hayan fundado un gobierno por medio de la violencia? Por más que los busco, no los encuentro, ni en la antigüedad, ni en la edad media, ni en los tiempos modernos. “El que no edifica sobre la justicia, edifica sobre la arena.” Dice la Biblia; y el Evangelio añade: “El que reina por la violencia, perece por la violencia.”

Las Repúblicas que tienen miedo de los grandes hombres, me hacen el efecto de esas doncellas viejas, estériles, envidiosas y feas que, temiendo noche y día, ser objeto de un rapto, se encierran a dos vueltas y no salen nunca, sino acompañadas de un criado y de un bulldog. Nadie se ocupa de ellas, sino algunos galopines o calaveras viciosos.

## EPÍLOGO

El hombre es el vínculo de unión entre el cielo y la tierra, entre Dios y la naturaleza: todo en la vida nos recuerda nuestro origen celeste. La música, ese suspiro del alma, que hace reminiscencia de su infancia divina. La poesía, recuerdo del pasado y presentimiento del porvenir; la ciencia, escala de Jacob entre lo conocido y desconocido; en fin, apenas la muerte, hija de la tierra, nos envía a su hermano Morfeo, cuando el ciclo nos manda a su hijo, el *ensueño*.

También el progreso del hombre se resume siempre en una más larga comprensión de Dios. A cada era de la humanidad, en todo nuevo horizonte que se presenta, el hombre no puede manifestar su asombro, su alegría y su esperanza, sino por nuevos atributos dados a la Divinidad. Cuando él ve la luz, exclama: “es Dios —A penas conoce la justicia, cuando la encarna en Dios. Siente el amor, es Dios le dice su corazón. A percibe vagamente a la liberad, y reconoce la hija de Dios; en fin, entreve felicidades desconocidas en este mundo, y su alma le dice, que ellas le esperan cerca de Dios. En una palabra, la historia, la humanidad, el arte, la poesía, la política, todas juntas no son, sino un hijo de perlas, de cuyos dos extremos, el uno pende del cielo y el otro baja hacia la tierra.

No se puede menos que sonreír de lástima leyendo esos Machiavelos, grandes, y pequeños, que hacen de la política un estudio material, independiente de la justicia y de la moral divinas. Parécense a aquellos filósofos nigromantes, que pasan su vida en encontrar el medio de hacer un niño, solo por la magia y la alquimia.

Nada más fácil que ser un hombre político. No hay más que ser tan justo para los demás, como se es para consigo mismo; y tan severo para sí propio, como debe serlo para los demás. La Biblia nos da en pocas líneas el mejor catecismo político.

Mira, le dice Moisés a su pueblo, yo te presento la vida y la muerte, el bien y el mal. Escoge la vida y el bien. Si tú obedeces las leyes divinas, si tú sostienes al débil contra el fuerte, si tú escuchas los clamores de las viudas y de los huérfanos: si tú ejerces la justicia sin distinción de títulos y fortuna, si tú amas a tu Dios y a tu prójimo, tú tendrás buenas cosechas excelentes vendimias, paz, prosperidad, orden y bendición del cielo. Si al contrario, tú eres opresor, embustero, envidioso, exigente, injusto, altanero y parcial, tú tendrás hambre, guerra, peste, maldición y muerte.

No solo por una vez repite Moisés estos principios de gobierno, sino tres o cuatro veces. Los antiguos nunca separaron la política de la moral: no tenían más que una manera de obrar bien y de bien gobernar: sus principios políticos se reasumían en estas dos palabras: *¡Justicia, Deber!*

A la recompensa y al castigo que se obtienen sobre este mundo, el cristianismo ha añadido la recompensa y el castigo del cielo; es un complemento, pero no la exclusión de la ley política y moral de la Biblia. Y no solamente la política, la vida privada, hasta en sus menores detalles, está regida por la misma ley y se explica con la misma lógica.

En la vida visible y en la invisible, no hay más que una ley, como no hay más que un Dios. Cuántas revoluciones, cuántos altos hechos políticos, cuántas desgracias y fortunas en las familias, que no tienen otra causa visible que la justicia de Dios. Porque Dios, dice también la Biblia, se acuerda de los hechos de los hombres hasta su cuarta generación.

Muchas veces se preguntan, por qué este hombre justo, probo, honrado, es tan desdichado? Pregunta que han hecho muchos ateos y ha inspirado el libro de Job. Pero habéis conocido al padre o al abuelo de este hombre? Estáis seguro que el hijo no expía las culpas del padre, a fin de rescatarlo, de redimirlo? Jesucristo mismo, no es la expiación del género humano? O bien, conocéis la suerte que espera a los hijos de este justo que sufre? Viene acaso el hombre solo a este mundo? No debe traer ninguna relación con aquellos que lo han creado? Supuesto que él hereda la buena o mala salud de su padre, su buena ó mala reputación, por qué no heredará los frutos de su pecado o de sus buenas acciones?

Hay otro, cuya felicidad asombra a todo el mundo; todo cuando toca se vuelve oro. Explíquese esto como se quiera, pues al lado de este está un hombre de talento, que echa a perder hasta sus ideas. Si pudierais remontar hasta las generaciones precedentes, encontraríais, quizás la clave de muchos enigmas de este género: hay hombres que han heredado la bendición paternal, como los que han heredado su fortuna. Existen otros, cuya principal desdicha es, que son hijos de sus padres.

Es la fatalidad, dirán algunos. Será fatalidad, como nacer feo, ciego, tonto o insensible. Enmendad vuestro cuerpo, si podeis, y guardaos contra los defectos de vuestro carácter; y aunque hagáis cuanto queráis por dar sabiduría a un tonto, aún cuando lo pulvericeis en un mortero, como dice Salomón, él quedará siempre tonto.

No hay fatalidad; no hay más que Dios. David ha dicho: yo nunca he visto al justo abandonado y a sus hijos mendigando el pan. Yo no he visto tampoco los hijos de un perverso florecer y prosperar hasta el fin de su vida.

Cuántos filósofos historiadores que se rompen la cabeza por explicar el flujo y reflujo de las revoluciones y de las calamidades, que agobian la Europa hace sesenta años. Por qué no buscarán la causa en la esfera moral? No leen ellos los capítulos de la Biblia, donde todos estos males son predichos con una exactitud desesperante para todas las naciones que dejan la vía de la justicia, del deber y de la ley divina!

Hay una palabra en la lengua de los pueblos modernos, palabra preñada de tempestados sin fin y de abismos sin fondo. Esta palabra se llama *derecho*. En otro tiempo se le llamaba *deber*. En efecto, el derecho del hombre no sale sino de sus deberes. El derecho de mi prójimo, en efecto, no es más que mi deber hacia él; lo mismo que su deber, se convierte en mi derecho. Y por eso, cuando nadie cumple su deber, ninguno ejercita su derecho.

Los grandes legisladores, los grandes hombres de Estado, no anuncian jamás los derechos, sino los deberes de los hombres. Moisés no escribió ni el derecho al trabajo, ni el derecho al diezmo; se limitó a prescribir los deberes de los que poseen algo. Dijo a los ricos: vuestro deber es dejar el diezmo al pobre y sostenerle siempre y en todas partes. Si llenáis este deber, seréis felices, si no, Dios os agobiará de males, de guerra y de hambre. Jesús no habla ni una sola vez de los derechos del hombre; lejos de sublevar al pueblo, prefiere presentarse como víctima expiatoria sobre el altar de la humanidad, y hacer su deber. Que se busque en las palabras de Sócrates, no se encontrarán sino lecciones de deber; jamás una reclamación de derecho. Solo las medianías impotentes y ambiciosas hablan siempre de sus derechos, para buscar pretextos de no llenar sus deberes.

Los profetas, los filósofos, los misioneros de Dios, hacen su deber y los recomiendan al pueblo. Los leguleyos, los demagogos y los ociosos hablan de sus derechos y de los del pueblo, y no hacen su deber. También los hombres más ambiciosos que justos, se dejan tomar con las promesas de gloria y de poder. Matan al justo que hace su deber, glorifican al ambicioso que se hincha con sus derechos; pero Dios es el que juzga en última instancia...

Y cuando el padre no cumple con su deber, es raro que los hijos gocen de sus derechos. Tengo acaso necesidad de indagar largo tiempo porque Luis XVI ha muerto en un cadalso? Era nieto de Luis XV. Cuando Danton, animado de buenas intenciones se lamenta sobre su muerte, yo no veo más que la mano de Dios.

Habéis visto muchos hijos de terroristas prosperar en la felicidad? Atended, volved a leer estas líneas después de veinte años, y mientras más leáis la historia y pongáis un signo sobre cada página donde encontréis un acto de injusticia, de

violencia o de usurpación, más os convenceréis de esta verdad. Seguid el tiempo, ese juez divino, y veréis por todas partes y siempre, que la justicia se cumple, no solo en el cielo, sino también en la tierra.

Y sabéis a que conduce esta verdad y esta creencia? A la sublime misión de hacer siempre su deber, suceda lo que sucediere.

Si M. de Lamartine hubiera tenido esta fe, el 26 de Febrero, antes de proclamar la república definitiva, sin haber consultado a la nación, antes de usurpar, como él mismo lo decía el 25, los *derechos* de 35 millones de hombres, hubiera presentado su pecho al pueblo armado, diciendo ¡herid! cincuenta mil muertes no me impedirán cumplir mi deber, porque llenando yo mi deber, salvo los derechos de todos!

Chateaubriand, Roller-Collard lo hubieran hecho: estos eran hombres de deber, verdaderamente hombres de estado, hombres de Dios. No se imita a Dios sino haciendo el bien, y el bien no se hace, sino cumpliendo su deber.

Después de ese día, M. de Lamartine no es nada. Haga lo que hiciere, escriba lo que escribiere, el destino, o más bien, la voz de Dios, le gritará continuamente: "Tú no has hecho tu deber". Esta voz divina, es la historia, es el cielo bajado a la tierra, es Dios corrigiendo la planta de lo pasado.

Solo aquel que sigue las inspiraciones de lo alto, que mandan siempre el *deber*, puede decir que él obra, que él vive, y que él crea. El que no tiene este ojo interior del alma; aquel cuyo carácter se dobliga según los intereses del momento, no vive, envejece; no obra, se agita; no crea, se usa.

Si después de cincuenta años tantos hombres de Estado elevados sobre el nivel del común, han sido heridos, despedazados y trastornados los unos con estruendo, los otros con un soplo, es porque ellos no habían echado raíces. Las raíces del hombre están en el cielo, de donde él viene; y toda su fuerza está en su deber.

Si estos hombres de Estado, grandes porque nosotros somos pequeños; verdaderos arbustos en un campo de malezas, hubieran estado enlazados con el cielo por la *fe*, no tuviéramos una cubierta de Estado sin alma; una película sin fruto; un bote sin especies; un presupuesto sin fondos; un continente sin contenido...

Ah! Cuán pálidos son los esplendores pasajeros del poder material! ¡qué pequeños son los hombres de cálculo, de táctica, de diplomacia, de astucia, delante de los hombres de justicia y de carácter: que mezquinos son los placeres de la popularidad, comparados con las delicias del deber; que flacos son en fin los triunfos de la palabra, delante del triunfo de un acto de heroísmo y de sacrificio! Cuán dignos de lástima son esos vendedores que triunfan, por la astucia y por la violencia, al lado de los héroes divinos, que combaten en nombre de la justicia y de la razón!

A aquellos mueren viviendo; y estos viven aún después de morir. A aquellos son cadáveres que se soplan, y estos, almas que, disminuyéndose, se depuran, se cristalizan, como el diamante, que gana en brillo lo que pierde de volumen: aquellos movidos por el interés, a veces por el odio, oprimen el corazón para ahogarlo; estos movidos por el amor, aún cuando desgarran su corazón, no tienen más fin, que *engrandecerlo*. A aquellos son los hombres del derecho; estos los hombres del *deber*: los unos mandan y promulgan las leyes que no se observan; los otros obedecen

primeramente las leyes eternas de Dios, las hacen respetar y observar por sus inferiores; los unos son hombres que andan en busca de un alma; los otros son almas buscando y encontrando hombres. En fin, aún triunfando y elevándose los unos, no son sino los falsos dioses de los hombres; mientras los otros, vencedores o vencidos, son y quedan siempre verdaderos hijos de Dios.

*(El Traductor).*

Guadalajara. 1864.  
Tipografía de Dionisio Rodríguez